

Humanidades

Crónica del desamor

José M.^a Rodríguez Tejerina

Cuando los sorprendentes participantes de un populachero programa de televisión se encuentran, de repente, con el amor, se abrazan y besan embelesados. Y, a unos pocos telespectadores, nos invade una punzante sensación de vergüenza. Porque somos escépticos y pensamos que *el amor verdadero*, el *pleno*, es un fenómeno raro, a un tiempo biológico y espiritual. Complejo, que requiere intimidad, recato, por ser una elaboración mental del instinto genésico, una insólita coalescencia de química, hormonas y cultura. Una sofisticada creación humana. Y, tantas veces, solamente, un efímero espejismo. Es muy frecuente, en cambio, en nuestra sociedad, *el desamor*, la falta de afectos, el fracaso amoroso; las obligadas separaciones, el infierno de los celos; la irremediable pérdida de un ser querido.

El amor es una coyuntura vital misteriosa. Hasta la etimología del vocablo que le designa es desconocida. No deriva del *amor-amoris* de los romanos, sino de una voz del voluptuoso lenguaje de los etruscos, que aparece en un poema de Ibn-Azem, *El collar de la paloma*, en el que se narra, sorprendentemente, la vehemencia del amor homosexual. Como hará Platón años más tarde, al concebir, únicamente, el amor entre varones. En Grecia y en Roma, el amor era una actividad exclusivamente masculina. Con el cristianismo la mujer adquiere la merecida categoría de madre y esposa. Y, con los trovadores de la Baja Edad Media y las obras literarias de El Dante y Petrarca, se crea la teoría del amor platónico. Boccaccio y el Arcipreste

de Hita son, posteriormente, adalides del amor sensual, que admite toda suerte de matices eróticos. Descartes, por ejemplo, como su primera refriega amorosa la tuvo con una mujer bizca, prefirió, a lo largo de su existencia, hacer siempre el amor con féminas bisoñas. Otros hombres ilustres escogieron para sus relaciones amorosas disparejas mujeres: bellas o feas, jóvenes o maduras, ñatas, narigudas, igual que Cleopatra. Frías, la Pompadour, ardientes como la emperatriz Josefina. Insustanciales, frívolas, lady Hamilton. Es el inexplicable milagro de la fascinación sexual, el *misterium fascinans*.

Quizás al hombre le atraiga mucho más el sendero a recorrer hasta llegar a la amada que la posesión misma. Ya lo dijo Cervantes: es más divertido el camino que la posada. La escalera prohibida que la alcoba acogedora.

Un triste corolario del desamor, de la falta de compañía, es la *soledad*. Del cuerpo y del alma. Amortiguada en los amantes desdeñados por la falaz impresión de que, tras las amargas palabras de rechazo, se escondía la sombra de una caricia. Contrarrestada por el deseo, que se exacerba con la distancia, pues la auténtica sensualidad humana es hija de la lejanía. La *infelicidad*, en fin, patrimonio de la soledad, aspira siempre a ver arribar un día la mítica esperanza del señor Godot.

El herido por el desamor vive encerrado en su propio corazón, ese «breve nido de venas azules» soñado por Shelly. Rehúye el canto engañoso de las sirenas. Lo escucha, si acaso, al revés, en las orillas de nuestro Mare Nostrum. Cree en la palabra hablada, no en la impresa. El hombre que hace imprimir las palabras que inventa, esconde el trémulo sonido de su voz, sus más oscuros secretos. El angustiado por el mal del desamor gusta le hablen con voz cálida y que su interlocutor gesticule con las manos, como un mimo.

Mas, la terapéutica adecuada para los aquejados del desamor suele ser el contacto con la Naturaleza. Dejarse acariciar los ojos. Así lo recomienda un *hai-kai*, un antiguo poema japonés; peinándolos con la devota contemplación del campo,

de una ribera que subraye el cauce ru-
moroso de un río. Y, por qué no, hacién-
doles sentir la proximidad ancestral del
mar. Algunos deprimidos por su soledad,
sin embargo, no alcanzan admirar los
árboles, las flores, los manantiales,
las olas del mar.

Durante su estancia, unos meses otoña-
les, en Mallorca, el monje hindú Purohit
Swami, vestido invariablemente con
una túnica color naranja, y su amigo, el
atormentado poeta irlandés Yeats, no
quisieron ver el mar, las montañas, el
cielo, las calas verdes, absortos como
estaban en desentrañar las esencias
orientales del *Upanishades*. Aunque ha-

bían venido a La Roqueta en busca de
salud y soledades. Otros, se refugian en
el alcohol, las drogas. Unas siluetas, vi-
vas aún, pasean lentamente por las playas
de la Isla de la Calma. En invierno, luego
de haber huido los soles del estío, son,
seguramente, turistas solitarios, perso-
nas de la tercera edad que sufren desa-
mor. Pero que esperan encontrar, toda-
vía, sin avergonzarse de ello, como los
participantes del citado programa televi-
sivo, la ilusión embriagadora del amor.
Esa «gran faena humana», como la defi-
niera, en admirable ensayo, el filósofo
don José Ortega y Gasset.